

LOS BARRIOS PERIFERICOS DE LAS PALMAS



Un extenso sector urbano repleto de los más diversos problemas

Estos -San Nicolás y San Lázaro, San Juan, San José, San Roque- eran los barrios periféricos y marginados de entonces, como también hoy lo son. Pero, modernamente el concepto de barrio periférico adquiere en Las Palmas de Gran Canaria un nuevo y más amplio contenido al construirse un largo cinturón de barrios de viviendas sociales desde la Ciudad Alta hasta la Hoya de la Plata. Junto con la renovación arquitectónica y la realización de la Avenida Marítima, este conjunto constituye la más importante modificación urbanística que ha conocido Las Palmas en los últimos treinta años. El surgimiento de estos barrios sociales se halla en la raíz de un elevado incremento vegetativo de la población y de una fuerte emigración del campo a la ciudad, factores causantes de una gran demanda de viviendas, acentuada por los mecanismos de la economía de mercado y de una estructura social desigualitaria.

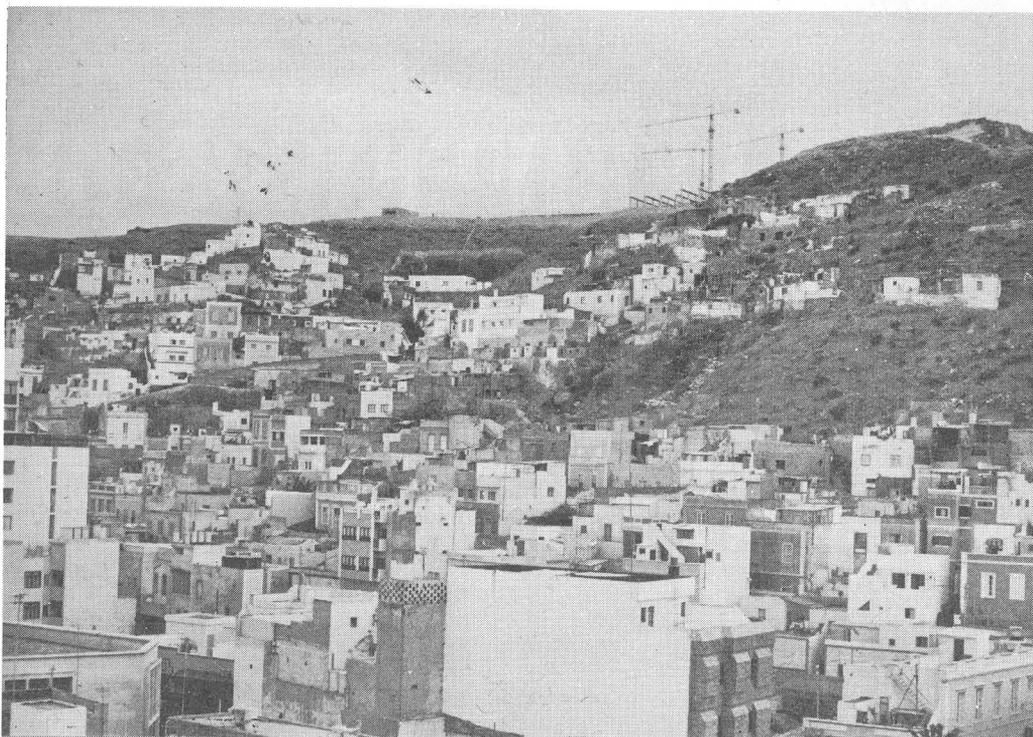
Las Palmas es una ciudad que, desde tiempos muy lejanos de su historia, ha contado con suburbios. Los barrios populares, los "riscos", comenzaron ya a desarrollarse en el siglo XVII, cuando el excedente de población de las clases modestas de la ciudad y la inmigración campesina se hubo de establecer en las laderas que rodeaban el casco urbano. Esta ubicación era la única que podían encontrar, ya que, por una parte, no poseían terrenos dentro de las murallas de Las Palmas y, por el otro, tenían que emplazar sus viviendas a cubierto de los ataques e invasiones navales, frecuentes en aquellos tiempos. Así los riscos se fueron cubriendo de pequeñas y humildes viviendas que albergaban a la población más pobre y marginada. En el primer tercio del siglo XIX, las gentes que allí habitaban ya constituían un notable porcentaje de los habitantes de la ciudad. Y los "riscos" siguieron creciendo y aumentando su densidad, y aún hoy este proceso no se ha parado, en el marco de un hábitat carente de cualquier solución urbanística y que entraña, realmente, un fuerte anacronismo en relación con el restante conjunto urbano.

De esta forma, el nacimiento de los nuevos barrios sociales se inserta en una doble vertiente. Por un lado atienden a la finalidad de proporcionar viviendas a las clases que carecen de ella, respondiendo a la demanda de una población con bajo poder adquisitivo. Por el otro, hacen frente a la exigencia de la sociedad capitalista de contar en un ámbito más o menos cercano a los centros de trabajo con las fuerzas laborales necesarias para la producción. Ambos aspectos convergen en la razón económica como explicación fundamental del urbanismo suburbial.

Los nuevos barrios se comenzaron a levantar en zonas periféricas de la ciudad al margen de la trama urbana, aunque luego, por el mismo desenvolvimiento de la capital, algunos van quedando en zonas centrales del

extendido casco. Se buscan superficies libres, en las que se pueden levantar barrios de nueva planta y en las que el precio del suelo tenga una menor repercusión en el coste de la construcción. El alejamiento de los centros urbanos, la falta de equipamiento urbanístico, la aplicación en la práctica de la concepción del barrio dormitorio y la modestia de la construcción, dará lugar a la formación de un "hábitat" marginal que integra un cinturón de barrios sociales desde Escaleritas-Schamann hasta Hoya de la Plata.

El primer grupo de viviendas sociales que se levantó en Las Palmas fue el del Carmen, en La Isleta, hacia 1941. Como se sabe, las primeras construcciones de la Ciudad Alta, fueron las viviendas residenciales, dota- ▶



Los "riscos": un anacronismo carente de solución urbanística

das de pequeños jardines, que hizo el Ayuntamiento en Escaleritas y en Schamann. Luego se levantaron los bloques de la barriada "Generalísimo Franco". Se iniciaba un proceso de urbanización marginal en el que intervendrían como promotores el Estado, más tarde las inmobiliarias y constructoras privadas y, por último, las cooperativas. En veinticinco años se han edificado miles de viviendas en las que reside un muy elevado porcentaje de la población de Las Palmas.

En buena parte se ha hecho un planteamiento de vivienda de urgencia y destinada a clases modestas. La proyección de la estructura social en el habitat y en la concepción de la construcción es bien clara: una sociedad que encierra una desigualdad de clases —con notables diferencias de salarios e ingresos familiares, y diferencias culturales y sociales— determina una ciudad de sectores y barrios diferenciados. Por un lado, los de viviendas amplias y modernas, bien equipadas, o los de chalets y viviendas unifamiliares; y, por el otro, los de viviendas estrechas y carentes de estética en innumerables bloques masificados. El resultado es una situación que expresa con cla-

ridad la relación entre el "status" social y el medio urbano en el que se vive.

Como en otras partes, en la aparición del barrio periférico coincide una demanda familiar de un tipo de vivienda que resulta marginal con respecto a un mercado especulativo en el que no pueden entrar los sectores asalariados. Ante el crecimiento de la población y la ubicación de la mayoría de las inversiones y de los centros de trabajo en la capital las familias que no poseían vivienda en propiedad y no gozaban de medios económicos para adquirir inmuebles o viviendas propias, o no podían pagar alquileres elevados, tienen que acudir —cuando no al chabolismo— al tipo vivienda modesta que proporcionan los nuevos barrios. Las familias jóvenes procedentes de viviendas hacinadas, que compartían con sus padres y hermanos, las familias de inmigrantes originarias del campo, las que se escapan del chabolismo suburbano o de los barricos subintegrados tradicionales (San Nicolás, San Lázaro San Juan, etc.) y de otras zonas degradadas de la ciudad y las desahuciadas de sectores de la capital que sirven a la especulación del suelo y a un más benefico-

so negocio en la construcción; todas estas familias de diversa procedencia urbana o rural que no pueden comprar la vivienda que ofrece el oligopolio de la propiedad urbana y de la construcción de lujo, se ven obligadas a ocupar una vivienda en las nuevas urbanizaciones y "barriadas sociales". El coste inferior de estos pisos y su pago aplazado —incluso a plazos muy largos, como en las de construcción estatal— les permitirán solucionar el problema inmediato de su vivienda.

Así, al ocupar su nueva vivienda, miles y miles de familias resuelven un problema acuciante. Al comprar ese piso, al decidirse a vivir en los nuevos barrios, el cabeza de familia ha puesto su mirada, fundamentalmente, en el hecho de contar con una vivienda segura que le solucione definitivamente el problema. Los temas de equipamiento del contorno de su "habitat" se hallan situados en principio en un plano secundario, aunque luego alcanzarán importancia capital. De hecho, al adquirir un piso en uno de estos barrios, la familia obrera, modesta o asalariada entrará en un mecanismo que le empujará a la marginación y del que le será muy

difícil escapar.

La familia que ha llegado a un nuevo barrio procedente de otras zonas de la ciudad o desde el campo, en donde ocupaba posiblemente una casa terrera, ha pasado de un "habitat" humanizado que entrañaba un sistema tradicional de relaciones entre vecinos a otro deshumanizado en el que el hombre se siente desarraigado. El individuo sufre entonces un cambio emocional que puede llevarle a una situación de aislamiento o que puede provocar su agresividad.

Cuando la familia procede de viviendas en las que se daba un gran hacinamiento, o del chabolismo; es decir, de condiciones muy inferiores de habitación, la nueva vivienda le proporciona una satisfacción inmediata. Sin embargo, al cabo de un tiempo de vivir en un barrio sin equipamiento y sin centros sociales, comenzará a plantearse los problemas que origina un entorno que no está preparado para vivir.

Mucha gente vivirá en estos barrios sin saber por qué causa. Será como un fatalismo. Solamente sabrá que ocupa un tipo de vivienda y de "habitat" que no le satisface, porque no tiene medios económicos para adquirir otra de precio más elevado.

En el mecanismo de la edificación de un nuevo barrio entran diferentes factores que, consciente o inconscientemente, se encaminan a la obtención de un mismo resultado. En primer lugar se realiza una planificación sin ideas, que tiene en cuenta primordialmente el máximo aprovechamiento del suelo y el objetivo de situar al mayor número de personas en el mínimo posible de espacio. El vecino, el hombre que va a habitar más tarde este barrio, no tiene posibilidad alguna de participar en la planificación. Sus deseos, sus aspiraciones naturales de llegar a habitar un entorno humano, no podrán ser expresados, porque no hay una elaboración democrática de la planificación. La construcción que se levantará será barata, para poder cubrir, en la gama más amplia, la demanda de viviendas. Sin embargo, la promoción o la venta de la vivienda social siempre produce beneficio al vendedor, a más corto o a más largo plazo. La iniciativa privada, en principio remisa a intervenir en este ti-

Los barrios "sociales", expresión de una estructura económica desigualitaria

ENCIERRAN UNA CLARA CORRELACION ENTRE "HABITAT" Y "STATUS" SOCIAL

po de promociones se lanzó luego a la construcción de este tipo de viviendas. Y partiendo de ese principio de escasez y de necesidad de viviendas, el Estado ha dejado, de hecho, las puertas abiertas para que se construyan, por la empresa privada, barrios sin las más mínimas comodidades. La arquitectura racionalista, muy mal aplicada y muy mal entendida, sirve perfectamente a los objetivos establecidos, cooperando en una traducción funcional de la masificación y dando lugar a las clásicas colmenas.

Al propio tiempo, la construcción de barrios periféricos tendrá un efecto de valoración del suelo en el extrarradio de la ciudad. Ante la persistencia de un régimen de propiedad privada del suelo, el nuevo barrio periférico provoca el aumento de la plusvalía de los terrenos colindantes, dando paso a la especulación. Esta vertiente del mecanismo parte, así, de la especulación de los terrenos, a la que se une la plusvalía o beneficio del promotor y constructor, con repercusiones en el precio final de la vivienda, que pasa a tomar la consideración de mercancía.

Los factores socioeconómicos y de planificación y su traducción arquitectónica y urbanística producirán un tipo de barrio con un cúmulo de problemas originados por la estrechez y mala calidad de las viviendas; carencias de equipamiento so-

cial, de centros culturales, de zonas verdes, de esparcimiento y deportivas; con deficiente urbanización, incluso con calles sin asfaltar en algunos casos; con poca accesibilidad, a veces, a los medios de transporte público; con falta de centros de enseñanza; y, en resumen, con la consecuencia de una marginación social y cultural de sus habitantes.

En el barrio, el hombre pierde, en buena parte, su identidad. Se siente, como decíamos, desarraigado. Y, en el orden psíquico, su situación favorece la neurosis y la agresividad. En sectores como éstos, de gran densidad de población e intensa masificación, la tensión puede aumentar innecesariamente con consecuencias que habrían de analizarse en un estudio de la sanidad psíquica en los barrios. En el orden social, los niños no tienen donde jugar; los jóvenes no tienen espacio en sus casas para sus actividades, ni centros en donde reunirse, viviendo en el clima de la calle, en unas circunstancias que propician la

agudización del conflicto generacional; y los mayores y jubilados —los integrantes de la tercera edad— no tienen sitio, prácticamente, en ese barrio que no se ha concebido para vivir.

En contraste con la marginación de los barrios periféricos, éstos se encuentran insertados de lleno en la sociedad de consumo. Si por una parte, el consumo de los barrios (en vivienda, servicios, comercios de alimentación y otros) es de mala calidad y hasta puede incluir un precio, cuantitativa o proporcionalmente, más alto, la gente que vive en el barrio se ve insistentemente presionada al consumismo. La publicidad llega a todas las casas, fundamentalmente a través del televisor. Todas las familias se compran su coche para desplazarse desde su alejada vivienda hasta los centros de trabajo y de relación y también, a veces, con una intención de desclasearse; en este sentido, la tendencia a sobresalir y a superar al vecino se manifiesta en diversos aspectos: la cadena consumista fundamen-

ta la distorsión de valores y la desviación en los auténticos objetivos individuales y sociales.

Ante la presencia de innumerables problemas y de muchas carencias en los barrios han venido surgiendo, últimamente, las Asociaciones de Vecinos, con el ánimo de canalizar su inquietud, las ideas y la acción de la base popular en el desarrollo de iniciativas y soluciones. Estas Asociaciones entrañan un sentido popular y democrático y están destinadas a asumir la concepción que los vecinos quieren que realmente tengan su barrio. Sin olvidar, también, su sentido de movimiento reivindicativo, las Asociaciones entrañan esencialmente un espíritu comunitario, que favorece la participación de los vecinos y que pueden ser un vehículo importante para enriquecer la conciencia de aquéllos y mejorar la situación, el nivel y el equipamiento y la vida social de los barrios.

Alfredo HERBERA PIQUE



El barranco de la Ballena, en los confines de la Ciudad Alta, una superficie que se proyectó como gran parque o zona verde: ¿llegaremos a ver ese mirlo blanco?